

Con la lluvia
Ricardo Martínez-Conde

Colección Baños del Carmen

Ricardo Martínez-Conde

Con la lluvia

EDICIONES VITRUVIO
Colección Baños del Carmen,
nº 7xx

www.edicionesvitruvio.com

Primera edición, 2018

© Ricardo Martínez-Conde

**© Ediciones Vitruvio
C/ Menorca, nº 44
28009
Madrid
Tlf: 91 573 21 86**

**ediciones vitruvio, nº
ISBN:**

Con la lluvia

*Escucha si llueve mientras la pena y el desdén
lloran una antigua música.
Escucha caer los lazos que te sujetan
arriba y abajo*

Apollinaire

*¿Cae o cayó? La lluvia es una cosa
que sin duda sucede en el pasado
canción de El Cabrero*

*Entonces lluvia,
y una gota que el cielo no deja caer.
La parte que le falta al hombre
cuando se mira en el hombre*

Gustavo Travi

... y un barco para soñar
Anónimo

I

El observador

Es más que ver, es la aproximación;
como un rito con su trascendencia
(a la que no se nombra) y su incertidumbre.

El mar, a su modo cierto, no le fue esquivo.
En un momento dado le tomó como propio,
le ayudó a serenar la nostalgia.

Desde no se sabe dónde (¿más allá de sí
propio?), como una donación soñó.

Nada, nadie; una donación propia

El que vive advierte que su movimiento
está pendiente de hallar ese lugar que
le corresponde. Más siempre hay algo que difiere,
que aleja; de ahí el meditar, el azoro,
la necesidad de amor...

Amor que no es sino el lugar.

Hasta el orden perfecto, el lugar de la muerte,
sólo un pequeño matiz.

Y siempre el movimiento del viento...

Le parece que la sombra tiene ecos; ¿o son únicamente figuras (casi familiares) que quieren incluirle en su paseo?

Luce un día muy distinguido y fugaz (como dicen que suele ser lo eterno)

Mira y espera por si alguno de esos afectos tranquilos le llamara.

¿Y le seguiría? Cree que sí: la sombra es de un extraño azul turquesa; es como si el mar reclamara su don; él se honraría en olvidarse así

¿La fe podrá con la reticencia a pensar
que una paloma –tan rugosa en su hábito,
tan fiel a la rutina de su insignificancia– es
un espíritu que nos alentará en la duda?

¿La creencia sin nombre podrá vencer
esa repugnancia en la esperanza baldía?
Lo más hermoso: la ola que crece, el día
de sol que escucha desde la sombra
¿qué argumento del más allá necesitan?

La tierra se nombra sola. El hombre aguarda.

¿Qué se sabe del mañana y de sí?

Lluvia

La lluvia, al fin, lo alcanza todo,
puede llegar incluso más allá de su nombre;
su naturaleza evocadora concita hacia
una realidad que casi alcanza el secreto
de ese algo a que alude (Un gorrión pensando
la lluvia va más allá de gorrión y de lluvia)

Y sin embargo ese infinito próximo no llega

El otro infinito, el que no se nombra y es, posee
tal hondura que minimiza el calor de la lluvia y
su proximidad; también oculta (eso es lo que
conmueve de verdad)

El caso es que ahora llueve;
es como una paciente religión

Oh, Dioses

No me quitéis, oh dioses, el gozo del placer
(una cuestión, estoy seguro, bien distinta
en vosotros que en mí) Pero sabed que
todo mi vínculo es material, terrenal;
que mi orgullo no alcanza siquiera a
vuestros pies. De ahí que pida comprensión
a sabiendas de lo escueto de mis necesidades.

Lo que anhelo es palabra y compañía
(‘palabra en rostro bello es ambrosía’)
Mi solicitud es escasa, al hilo de mi valor.
Mi poca representación no invoca al Futuro o
al Cielo, como pueda ser vuestro caso; yo solo
anhelo un poco de fervor a oscuras, un algo de ternura,
la sonrisa que acepta; algo vano tal vez, pero eterno.

Algo así como el canto de la lluvia cuando,
arrobado, ya casi me duermo.

El Amigo

Llegan para decirme: ha muerto.

De algún modo ya lo sabía, pero hasta ahora
la palabra permanecía oculta, ensombrecida.
No tenía ese vuelo inane, visible desde cualquier
lugar, de la muerte.

Nada se ha oscurecido. Nada radicalmente ha muerto.
Sin embargo la palabra ha pasado de ser
un nombre a ser una significación, ha tomado
esa forma distinta para cada cual, ello
sin eludir del todo su valor de vida
y nostalgia

Aquí, cerca de ti, conozco lo inmediato
(¿está presente ese sentir de afinidad
que guarda silencio al mirar?)

Crezco paso a paso con lo más cotidiano
(algo va como velado en mi corazón)

Parece como si fuesen construyendo
una cierta duplicidad las cosas

Las palabras se marcan como en los libros;
al tiempo, el ritmo casi dormido del amor
nos llama

Se nubla

La vejez puede llegar a ser conmovedora
("Una franja de luz vespertina visita la estancia")
La llegada a la casa, con la línea corporal
algo raída luego del tiempo transcurrido, provoca
en el que mira una emoción que no tiene lógica
(Bailan, desnudas, las motas de polvo en el espacio de la luz)

Quizás lo que avive esa emoción incierta es el
sentido de llegada que se atribuye a la vejez
(el rayo de luz está desnudo también
y recuerda en algo un nacimiento)

Toco con mi mano caliente mi otra mano
de piel rugosa, como fría ("En realidad todos
vamos desnudos, libres de nuestra apariencia")

Ahora se ha nublado

**Mi parecer, lo sé, carece de repercusión universal
(la mariposa, sin embargo, mueve levemente sus alas
y ese algo distinto ha alterado la orilla en el otro
lado de la tierra) Mi parecer quedará circunscrito
a su exiguo nido y ahí se inicia el olvido.**

**Pensar otra cosa sería una pretensión desmedida
(la mariposa no mueve sus alas, es el propio
universo quien la mueve)
El hombre es muy semejante a la Nada**

**Las mariposas y los hombres que, guardan
el movimiento del mundo y su memoria, se parecen
solo en que responden a una voluntad ajena
y oscura. En ese vacío habita la belleza:
que simple don extraño**

¡Qué precisión la de los brotes, y casi
un futuro; efímero eso sí, pues pronto
serán tan distintos!

He aquí la armonía y lo contrario: las veleidades
del hosco invierno donando ahora vida y luz
a la flor solitaria.

(Donando, un ejercicio de la Nada:
nada alimentó el orgullo del árbol,
nada fue verdaderamente real hasta hoy)

Llegó el sol, el momento propicio, y el que mira
advierte la desnudez del cielo. Y el logro interminable,
a partir de ahora, de las flores.

Mas no parece, o parece menos, el hombre que
escucha el aire marino después de la soledad
del invierno

El tiempo

El paso del tiempo; la convivencia
del hábito y la sombra (En realidad ellos
son los guardas de la esencia, ese efecto
del pasar)

Nada se quiebra en apariencia:
es como si todo durmiera en la vieja letanía,
a la vez que vive...
(La leve y vieja letanía no es fea; tiene armonía,
esa rara hermosura que apenas parece que existe)

Apenas parece que existe

¿Y el Otro?

Ahora me acompaña. Y me pregunto,
¿es el otro que no soy o el Otro que soy?
Lo cierto es que esa sombra del yo colabora
en el mirar, en el pensar.

El tiempo acaso sea, para cada uno de nosotros,
solo la versión propia, la versión de uno mismo.
Y la muerte lo que corrobora, con su estricta armonía, es el
mosaico de todos nuestros 'seres' que, al final, dictan
un paisaje, un pensamiento, ante el que el amigo llora

¿Y el otro—Otro?

Como hiedra en mí es la luna,
como el ánimo que trae el viento.

Como vuelo es la idea que canto.

Toda quietud es una forma de amor

El hombre que ahora mira es un hombre
que no sabe que mira; es un hombre a solas.

Ya en Junio, la lluvia cae a ritmo de noviembre
y el viento baila en el tendal

El gran patio interior está vacío.

Transcurre el tiempo, la lluvia,
y eso es lo que mira

Y si llega el frío y toma la única flor
que, demorada, permanece en la rama
y al poco vuelvo a sentir eso que ayer,
con la tormenta, he denominado un extraño
silencio con lluvia, entonces no sabré
qué hacer; no lo sabré, de verdad.

Quizás vuelva a pensar que, a veces, mirar
es una forma de desear un bien, como hizo
en su día don Quijote, si bien él
un poquito distinto.

“Alegría es el lloro”, dijo, pero estoy seguro
que miraba a una flor. Casi a la misma flor

El tiempo admira la belleza. Y a la vez
la envilece como un recuerdo ajeno, como
el Otro arrebatado para la muerte, al fin.

Lo ajeno no tiene quien le guarde.

El tiempo administra su cosecha
con la irrenunciable excusa del avaro.
¿Y la belleza? Ella no guarda, no
ha guardado jamás. Ella
dormita al albur de lo ajeno

El que camina

El que camina distingue los dones:
el añorado olor, la permanencia de lo feo
y lo nuevo, el compromiso de la realidad...

El que camina entrega a la lentitud su don
de la espera, tal como el pescador ha otorgado
su afán al ánimo del sedal.

El Otro siempre está ahí,
discretamente oculto,
alguien que se nos parece,
alguien que nos reconocerá...

Acaso nosotros mismos

Ten la paz como si fuese un atributo,
mas desconfía.

Cuando el almendro se nutre lo hace dentro
del rigor del invierno. Cuando el río muestra
su duro caudal de agua antes han sido necesarios
tragedia y desazón en la nieve.

La paz llega, pues, luego de la conturbación,
del agrietamiento de la pereza, de la lucha
y la oscuridad.

Ten la paz para ti como si fuese un atributo.
Sé como un niño que tiene la flor.
Ignora el origen pero no el final,
la muerte de la paz.

El naranjo

Un mito parece conformar a veces la razón.
Se crece en lo útil, no en lo real
(Crear en el sueño irreal para volverlo útil)

El rayo de luz que adorna ahora el naranjo
¿es un regalo espiritual del cielo o un rasgo
complementario del clima cambiante?

Uno y otro se disputan el don.
Uno miente: el otro canta

Parecen decir nombres sin nombre.
Dicen nombres en vano. Sería
más expresivo el que arrulla un árbol,
¡pero decir en vano: sin nombre,
sin significado!

Las nubes continúan con su ingenuo
juego de figuras. A veces me hacen
sonreír, a veces pensar.

Los días transcurren sucesivos,
casi irreverentes, sin hilo alguno
visible que les una

Sortilegios de la naturaleza

**El gorrión dormita; escasas opciones.
La hoja vibra y luego se acomoda.
El mirlo cruza la sombra con pericia**

**Yo observo, escucho y pienso.
Pero no pienso. Dudo**

II

El lector

¿Mirar la sombra?

Aunque esté ahí la mimosa, tan viva, esperemos.

El frío de abril se guarda todavía
bajo el velo durmiente.

¿Y qué dice la sombra? Dice:
aguarda, vendrá la noche desnuda,
la que promete el fruto. También
vendrán los colores, pero al alba

Aguarda, aguarda.

Sin el velo la primavera será real.

Aguarda

El lago posee la certeza
de su destino de agua,
de su quietud.

El que, a su orilla, considera
las cosas, propende
a la trascendencia.

Algo hay en el orden de las nubes,
en el paisaje que guardan
(más allá de lo real)

La cumbre muestra esa rara libertad adusta,
casi inconsciente; ¿tal vez la misma
que el hombre consciente ansía?
Aquí no hay simetría: es un hecho, un valor

¿Acaso la libertad es más importante en mí
que mi posible aspiración a ella?
¿Importa pensar que la libertad es una simetría
entre la cumbre y mi aspiración?

Cuando la ola presiente la cercanía
de la orilla se azora de un modo secreto;
es una íntima significación hacia sí
por la cercanía del espejo,
el paisaje estático de la arena

A la vez parece feliz
por el júbilo infantil de la libertad.
No sabría esperar, y comparte con el aire
ese deshilarse, ¿con algo de rubor?

El solitario 'siente' ese principio de placer
que supone la ola al morir: la fuerza
sin destino, el dibujo de la espuma...

¿Tal es el origen creativo del mar,
del silencio místico?

Muerte es el sonido que no duerme.
El día es un eco; deriva de la luz.

(Ser es el pensamiento que tomó
al hombre para esbozar la ironía)

Luego fue el destino, una apariencia
que no es tal

Al cerezo

Florece, no temas.

**Algo te guardará
de los últimos fríos
de Abril;**

y mi recuerdo

Ya ha sido asumido el sutil encanto
de esperar, así que esa
emoción volverá: el titilar de las hojas,
la expresión hosca que confunde,
el tren (una inquietud hasta salir del túnel,
donde ya es quietud), el vuelo que adorna
el cielo de su elegancia antigua...

Todo está ahí. Ya estaba ahí.

(¿He sido yo, que he removido algo
al volver a recordar?)

En el paisaje no ha habido un movimiento relevante que haya cambiado el orden de quietud y actividad que tiene cada cosa. El cielo permanece ahí, con su fidelidad intacta, esperando y cambiando. Los hombres están tan atareados en lo inane que nadie se alerta. No obstante ha ocurrido algo trascendental: el silencio, en apariencia el mismo, ha cambiado de postura. Y así lo anterior ya no es; lo esperado se ha extinguido

En el libro se esconden una nube
y una voz lejana, el secreto del andar
de un dinosaurio, una gota de lluvia,
el inicio de un hilo que lleva hasta el pez.

Una página se inclina y me deslizo
hacia la otra...
Y al final me quedo dormido (viviendo)

¿No he participado en nada?

Tal es mi secreto

a Soco

Y al deshacerse el viento (de ese modo
tan propio de un niño que, en el trajín
de sus deseos nuevos, ha olvidado...) y tomar
el entorno el tono como dormido de lo que va
quedando hasta llegar la sombra con su frío,
entonces reparo (una rara soledad), y
un nombre con vocales, que es el de ella,
me hace vacilar pensando
si la he amado tanto.

Así es la tarde

Podría referirme a esa letanía de color frutal que se va diluyendo con el día, al otro lado del horizonte. Podría aludir a ese raro sentir que la acompaña...

No, no hay nada de rareza, de inquietud en aquello que la Naturaleza expresa: es su don, su vida distinta

¿Y yo?, ¿qué he de decir de mí? No debo. No puedo. No sé. No sabría qué decir...

¿A quién?

De la Nada

La mariposa ha danzado en su camino

El coche ha trazado su recorrido

El señor cura ha repetido su camino

La niña ha soñado su recorrido

El anciano ha cedido su camino...

y llueve serenamente

Realidades opacas

El perro no sonríe, la acera continúa
con su historia, el sumidero recuerda
algo conocido (El caso es que si no
estuviesen ahí pocos repararían
en su función, en su *vitalidad*)

El cielo se ha levantado borroso
(los coches son el mercurio anhelante,
qué mal acompañan a la mañana)
Las flores del parterre semejan ser muy,
muy individualistas

La minuciosidad nunca bosteza

Con el consentimiento del cielo ha caído
una gota de lluvia, y ahora yo quisiera permanecer
expectante acerca de cuál sea su destino.

Pasa un gorrión de vuelo casi triste,
pasa un clérigo (¿débil sonrisa?),
pasa un ciclista y un hombre de ciencia
le mira, curioso

El cielo, mudo, exhibe su hidalguía
con ese silencio...

¿Yo?: escucho el mirar

Escuchad, mirad si ha venido
el que fuere, el que se espera siempre.

Los naranjos han florecido y el agua fluye,
rumorea a su modo. La tierra vuelve
con sus dones, pero en el hombre no cesa
el acecho: desde dentro, desde fuera
como cosa del destino.

¿Adónde ir?, ¿a quién invocar?
El tiempo exhibe, también hoy,
su blancura ingrávida.

Lenta ceremonia

Aludiendo a todo. Así actúa la pasión.

El mundo, se piensa, no da cobijo cierto
sino a aquel que ha querido vivir todo
el fervor de la realidad, de cuanto existe:
a él es a quien favorece, desde siempre,
el amor. De ahí que no le sea posible
–ni deseable, piensa– eludir el amor,
pues desde el sentimiento más pequeño
hasta la quieta frialdad del monte
le alude, le engloba y acoge
como una necesidad perenne, como
una forma de ser en la Naturaleza.

Ella, siendo tan frágilmente bella,
hace tanto en favor de nuestra soledad

III

El pétalo

He meditado con demorada lentitud
acerca de lo que siente el gorrión. Es para mí
un asunto de seria importancia porque su figura
pequeña, que parece confundirse siempre con
la realidad cotidiana como si formase
parte inseparable de ella, atrae mi atención
de una manera humana
(le miro, y para mí es algo más que mirar su figura
inquieta y animosa que repara en algo buscado,
o en aquel que le mira) Es así
como me hace compañía,
de una manera más emotiva incluso
de como pudiera hacerlo
el gesto delicado en alguien que pasa.

Quisiera saber a veces, discretamente, cuál es el sentir
de su pequeño corazón, qué piensa de su entorno,
cómo querría confiar, a su modo solitario

y he meditado, tal vez, porque algo me azora;
le veo tan semejante a mí, tan próximo y afín

Sea que el cielo, en su alta ironía, alude solamente a su viaje y no solo me ignora, sino que no se vuelve siquiera para mirar; pura casualidad.
Pero bien, sea. El caso es que ahora habría de exponer aquí, de nuevo, mi soledad, y ya comienzo a sentir lo inoportuno de esta situación. Por pura ironía, por puro requiebro de orgullo.

(Considero que el origen de esta desazón radica en que, a mi modo, quisiera mirar a la otra orilla como hombre libre)

¿Libre? Tal vez, pero sin eludir ese sentimiento:
¿Cómo podría yo ignorar el gesto distinguido del tiempo hacia mí? (¿es que nunca juega?
¿es que nunca se equivoca?)
Le miraré (admiraré) con sentido del humor

Ahora pienso: en cuanto pueda, le devuelvo el espejo (y me pregunto si advertirá su soledad, la propia, la que camina a su lado sin respuesta)

Más que estar en la conciencia del que desea
amar quiere aludir, confiar en los sueños, dejarse
mecer por las hojas, o el destino; un acto
de cesión, es verdad, pero a la vez de cordura,
pues ¿qué esperar de las palabras, ahora
tan viciadas por el ansia de tener, por la oculta
venganza, por el descreimiento...?

Sin embargo amar, esperar amar, es
un gesto tan ingenuo, tan...insomne;
como poner una flor en el cielo

Ay!, todo se ha guardado antes de revelarse;
y más aún el amor

La tarde no se defiende, es
como pueda serlo un mirlo o la piedra
no del todo olvidada (nada de la vida
real ha sido olvidado, eso es
la trascendencia)

Digo la tarde porque al sentirla, es
(ella sabe de su eficiente peso espiritual)

Todo es, todo pasa, todo se oculta
esencialmente (una forma de ese aguardar
que somos) y si el río corre
es para recordar que yo, que le tengo
presente en mí como algo propio,
–porque él y yo nos pertenecemos,
significamos algo juntos, con otros
fragmentos más o menos espirituales–
comparto lo racional y, sobre todo, lo inconsciente;
una forma de representación de cuanto nos hace
pensar. (Sí, de cuanto nos hace pensar)

¡Qué rara tendencia acogedora
posee la luz rosada antes del frío
del ocaso!

Así, como si fuese el mirar en el pensar;
a solas, de un modo tenue sintiendo
como si fueran del aire, del propio lugar

Ella lejana, hermosa y muda;
él con el gesto pausado y un andar
cerca de lo minucioso: piensan que aman
y casi se olvidan en el confiar.

Al fin alguien sonrío.

Una tarde de verano

Un enigma. La condición del que camina
es confiar en que la flor también espera,
y el lento susurro es la huella del vuelo.

¿Qué decir? ¿Para qué? Si se aguarda
es porque algo va más allá;
siempre a expensas de la lejanía, del paisaje!

¿Una muestra de vida?: el movimiento
del gorrión, la silueta de alguien que
cambiaría la realidad si sonriera

Nadie ha entrado (¿tal vez el gesto de uno de los moradores se recuerde? Eso es todo en cuanto se llega a reparar, y con ello se otorga una cierta unidad al interior ya vencido, sin voluntad, desvaído)

El caso es no percibir vacío, sino consuelo.

Una pereza amable acuna ese pensar, lo hace propicio. Detalles de la antigua memoria se recuerdan también, nunca se van del todo: “aquí vivieron los nombres que me dieron nombre; ¿por qué se han ido?, ¿para qué?”

Queda como un Otoño en la casa abandonada; la que no sabré ocupar, y abandonaré

En el delta del Danubio

Aire es el aire.
Aire aleteante: marino
en su ser

Lo que el río genera es
ese movimiento continuo:
diminuto, inexplicable;
tan sencillo como para sentirlo,
tan efectivo como el tiempo,
tan perecedero como esta lluvia
que vuela en libertad.

Lo que el río genera
es una premonición transparente
como el viejo esperar,
algo sumiso como el efecto redondo
del paisaje que engendra;
y así me acojo, me acoge

En cuanto el sol nos da la espalda en su viaje
enigmático (y, a la vez, familiar),
corre el susurro de que cada cosa
ha de recuperar su verdadera entidad
y así, en esa forma, habrá de ocupar su lugar
a la espera de la noche.

¿Por qué? (Esta es una pregunta, como tantas,
dirigida al tiempo...)

Porque ha de haber equilibrio –una íntima armonía–,
porque la noche tiene una entidad tan grande como el
Destino, o casi, y sería una grave vulneración poética no
tomar en consideración esta premisa elemental de que, a la
hora de la verdad, el ratón ha de estar en su guarida
y el búho vigilante...

Se ha suscitado una alternativa universal
acerca de los dioses: si son humanos nos han
de engañar en el precio de las materias primas.
Si son entelequias casi-poéticas nos llevarán
de excursión a un lugar peligroso.

Lo cierto es que una ventana, su cristal
y su reflejo, lejos están de la visión eterna;
si abre la flor y colorea a lo divino,
habrá que comprobar si es venenosa.

La nube es una joven, ay, muy
gravemente enferma. En la alta lejanía luce
un esplendor de hermosura, la misma que
otorgaría oscuridad si se posase.

No adviertes, oh dios, que estoy solo y
desnudo, sin elección?

Trieste, Otoño, en 'il giardino di sant'Angelo'
Rilke mirando a Duino

¿El jardín está abandonado? Algo de lluvia queda,
y si uno repara en la quietud percibe (siente)
multitud de seres –vegetales o no– y que al conjunto
le asiste (y justifica) un antiguo sentido de unidad que
es quien pudiera otorgarle esa vaga sensación de soledad
(la soledad siempre ha sido un pensamiento familiar
a la filosofía, y a fe que no es para menos, pues
si uno se guarda solo, su soledad es todo)

Al tiempo, mirando al irónico mar, uno recapacita:
sólo está solo –sólo se queda solo– el concepto: jardín.
A partir de ahí sólo quiere decir a solas junto a todo
lo que realmente existe y vive, que sirve por contraste
para definir la soledad

Hay un jardín.
En el jardín hay un hombre.
Ahora ya está todo:
se ven, al fondo, Duino y el mar

Y nació la nube

Allá abajo, tan amplio como lo amado y desconocido,
el paciente confiar del mar.

Hubo, sí, una brisa previa –vuelo son los secretos,
un nacimiento como algo propio de una tarde a solas,
apacible al recuerdo. La hierba y la roca estaban
tan cerca que formaban parte a la vez de lo que
en ese momento asistía a la ceremonia de vivir y
asombrar por el regalo de mirar: la duda, el destino.

En el aire apareció un hilacho que fue creciendo,
tomando dimensión, forma de nube. Y ahí quedó
suspendida un momento, antes de iniciar el camino
sin rumbo, el mismo que el del mirar

Creo que el que camina escucha, además, lo que ve:
el silencio del ave migratoria, la persuasión
del río, la ironía de la nube...

Cuando iba, feliz, sentado al borde de la amura
entre el mar y el cielo, sobre la inquieta madera
del velero, supe que era algo más de mí: también
lo que creían mis deseos.

Allí estaba tan cerca de mi secreto!
El que no podré, el que no sabré
desvelar

Al subir el peldaño

–al solicitar a mi voluntad que me ayude
a subir el peldaño, a salvar esa barrera,
a iniciar el esfuerzo que necesito para rendir
un obstáculo poniendo mi intención en ello–
pienso en otros aspectos menores de la vida:
decir adiós, mirar al cielo, considerar
la conveniencia de un gesto, esperar...

Opto por sonreír mirando al horizonte,
mirando sin mirar: al horizonte,
a un deseo, a la pura silueta
de la Nada...

Estamos solos decía mi amigo;
estamos esencialmente solos

Tiempo

Cuando el vaso haya cedido una parte
de su contenido yo seré algo mayor, habré reparado
en alguna circunstancia menor (¡si ese
fuese un calificativo apropiado para la realidad!)
y, tal vez, habré animado mi voluntad
a elegir (o inventar) una nueva ilusión.
Entretanto el tiempo habrá ido trasladando
su marca de ocupación (esa que, en el dial, se
desliza con indiferencia y un algo de ternura)
y la rosa habrá tenido tiempo de amañar
su color, y su olor, y...

Ese es el secreto

¿A qué necesito más el aire, si ya muero?
Pero sí necesitaré la vista para discernir
entre el gesto y la ecuanimidad de los dioses
—y la elegancia en el portar su hábito plegado.
Necesitaré ironía para sus reconvenciones
y un cierto rubor ante su sabiduría.
Querré, además, guardar memoria de todo ello
por lo que pudiera pasar. Me pondré, para el caso,
mi mejor discreción y el ánimo a punto
con la imaginación desnuda.

Observando aquí, en la orilla, es
entretenido pensar *lo que será, si acaso*

Índice

Ediciones Vitruvio